

# La agonía del euskara en Bilbao. Diagnosis socio lingüística: 1901-2001

*D. Xabier Kintana*

Euskaltzaindia - Real Academia de la Lengua Vasca

Análisis de la vitalidad del euskara en 1901 y en el 2001 y los procesos de socialización y difusión que su uso han desarrollado en Bilbao a lo largo del siglo.

## ***Euskararen agonia Bilbon: diagnosi sozio-lingüistikoa: 1901-2001***

Euskaren indarra aztertzea 1901ean eta 2001ean eta mende osoan euskara hedatzeko eta gizarteratzeko Bilbon egon diren prozesuak.

## ***The agony of Euskara in Bilbao: socio-linguistic diagnosis: 1901-2001.***

Analysis of the vitality of Euskara in 1901 and 2001, and the process of socialisation and diffusion developed by its use in Bilbao over the course of a century.

Creo sinceramente que me encuentro ante ustedes para acometer algo que, remedando el conocido título de una antigua serie televisiva, podría definir como “misión imposible”, pues no puede ser otra cosa tratar de resumir en media hora los abundantes, y complicados sucesos ocurridos durante el último siglo en nuestro país en relación con la lengua vasca y concretarlos en la realidad específica de nuestra villa. Pero en fin, seguramente a causa de una conjunción fatal planetaria que alineaba mi amistad con los organizadores, los destellos de la empresa difícil, tan hipnóticos para los vascos, aquellos que Larramendi dio en llamar *el imposible vencido*, y esa pequeña luminaria del *basiak egina dirudi, asakatuak eder* de nuestro refranero vizcaíno<sup>1</sup>, me he visto en la imposibilidad de negarme al requerimiento, seguramente con las lamentables consecuencias que Vds. tendrán que padecer al escucharme.

Sé que, a más de uno, el encabezamiento de esta conferencia le habrá podido parecer excesivamente alarmista, teñido de pesimismo o, simplemente, demasiado sensacionalista. No lo niego, aunque quiero aclarar que la palabra agonía debe entenderse aquí en el sentido clásico con que ya fue utilizada por nuestro paisano Unamuno en su obra *La agonía del cristianismo*: como pelea, como lucha por la vida, pues creo que, también el euskara está en pugna por su supervivencia, para que su acta de defunción, redactada desde hace al menos dos siglos por profetas aciagos, afortunadamente, no acabe de firmarse.

Tras estos comentarios introductorios, como el tiempo es escaso, paso ya directamente al tema.

Los problemas que se presentan a toda lengua en su proceso de desarrollo y adaptación pueden dividirse en dos grupos. Unos son de orden interno y giran en torno a la situación o estado en que se encuentra la propia lengua, como son su mayor o menor tradición escrita, su fragmentación dialectal, la carencia de unificación literaria o que cuente o no con un vocabulario científico y cultural apropiado para la transmisión de la civilización moderna. A estos los podríamos denominar problemas intrínsecos del idioma.

Otros, en cambio, se deben a razones externas y ajenas a la propia lengua. Me refiero a cuestiones como la del número personas que lo conocen, su status oficial, su grado de inserción en la enseñanza, el nivel de alfabetización de sus hablantes, el ambiente rural o urbano de los mismos, el aprecio o desprestigio social de que goza, la postura de fidelidad a la lengua de la población, la actitud hacia ella de sus clases altas e intelectuales, su utilización en la liturgia, etc. Estos factores, de orden social, conformarían la problemática extrínseca de la lengua.

---

<sup>1</sup> Es el nº 171 de la colección de *Refranes y Sentencias* publicada en Pamplona en 159. Su traducción castellana dice: “lo comenzado parece acabado, lo acabado hermoso”.

Naturalmente, ambos se encuentran en buena medida interrelacionados, ya que la situación ambiental, histórica y sociológica inciden frecuentemente, y a veces de manera decisiva, tanto en la persistencia como en la resolución de los problemas internos del idioma, siempre a merced de la mayor o menor voluntad política del momento, produciéndose constantes círculos viciosos.

En el caso vasco, considerando la problemática intrínseca al idioma y a la vista de su endeble panorama sociológico, podemos decir que a comienzos del siglo pasado su futuro no se presentaba muy prometedor. Se trataba de un idioma hablado por una pequeña comunidad humana de extracción generalmente baja: pastores, campesinos, pescadores, artesanos y obreros. La lengua no contaba con ninguna protección oficial y estaba proscrita del campo de la enseñanza. A consecuencia de ello, con contadas excepciones, la gran mayoría de los intelectuales del país, en la práctica, no la hablaban, aunque a nivel teórico, de acuerdo con su particular concepción nacional, vasca o española, unos la ensalzaban, brindando por su mantenimiento, mientras que los otros la despreciaban o, simplemente, la ignoraban desdeñosamente.

En líneas generales, podemos decir que la lengua vasca comenzó a declinar en Bilbao desde mediados del siglo XIX, siendo sus causas, entre otras, la inmigración producida por la explotación minera y la revolución industrial, la supresión de los fueros tras la derrota carlista, el servicio militar obligatorio, la presión administrativa y cultural foránea y la escolarización en lengua española. Curiosamente, en casi todo su entorno, los habitantes del Bilbao periférico y rural –Artxanda, Begoña, Otxarkoaga, faldas del Pagasarri– han continuado hasta fechas muy recientes hablando vasco, testigos de la antigua lengua del bocho, posteriormente anegada por el castellano.

Al igual que a otros objetos de notable desprecio social, puestos en evidencia en su propia minusvaloración económica, como amas de casa, obreros, criados o incluso maestros de escuela, a los que se compensaba maquillando su precaria situación con palabras solemnes como *abnegación*, *espíritu de sacrificio*, *sobriedad*, *responsabilidad*, *pilares de la sociedad*, etc., también se utilizaba esta misma argucia con el euskara, deshaciéndose en elogios hacia un idioma *antiquísimo*, *venerable*, *sagrado*, *sin blasfemias*, *riquísimo*, *simbólico* y *emblemático* pero, al fin y al cabo, absolutamente prescindible para los quehaceres diarios. Su misma marginación de la vida práctica daba pie a algunos diletantes para realizar todo tipo de elucubraciones pseudo-filológicas sobre el idioma, manipulándolo ortográfica y morfológicamente según sus prejuicios y caprichos particulares, lo que llevaría a escribir *euzkera* o intentar reformar el sistema de numeración tradicional vasco vigesimal y sustituirlo por formas decimales inventadas como *iramar* ‘treinta’ o *laramar* ‘cuarenta’ en lugar de las tradicionales *hogeita hamar* y *berroge*<sup>2</sup>. Tales aberraciones, comunes también a otras lenguas carentes de oficialidad, como el bretón o el georgiano de los exiliados, pero totalmente inimaginables en castellano o francés, hubieran sido del todo imposibles de haberse planteado seriamente el uso del idioma como vehí-

culo real de comunicación y cultura, en lugar de tratarlo como una mera insignia y juguete de aficionados.

Como solía decir el académico Federico Krutwig, recientemente fallecido, el vasquismo bilbaino convirtió el euskara en un objeto heráldico y puramente simbólico, utilizado en la onomástica, en la denominación de sociedades, títulos de revistas, así como en la de algunas realizaciones vasquistas, en los nombres de cargos y miembros del escalafón jerárquico abertzale (el lendakari, el Bizkai Buru Batzar, las emakumes, los gaztetxus, los mendigoizales, la ikurriña, las ikastolas, las andereños, los ertzañas...), en los gritos patrióticos<sup>3</sup> y en algunas canciones vascas. Y no olvidemos que son precisamente de esta época muchos de esos “clásicos” zorricos en español con los que ahora nos quieren deleitar los coros de la Radio-Televisión Española, el famoso Caserío de Guridi con sus bertsolaris en castellano, al igual que otros cantos “patrióticos” que nos hablan de “irrintzis intrépidos” y de “gorar banderas euzkotarras”. Por no hablar de esos conocidos “humoristas” locales, que sin saber una palabra de euskara parodiaban de forma degradante la manera de hablar castellano de los aldeanos euskaldunes, asombroso mérito por el que alguno de ellos ha sido merecedor de tener su retrato colgado a la entrada de un centro patriótico vasco en una localidad muy cercana a Bilbao.

Fruto también de esta utilización exclusivamente decorativa, resulta particularmente significativo el texto del juramento ante el árbol de Gernika que realiza tradicionalmente el lehendakari en la ceremonia de toma del cargo. En él, entre otras perlas, alguien tradujo la idea castellana de “tierra vasca” que anidaba en su mente por el absurdo *euzko lurra*, ignorando que ese Mediterráneo estaba descubierto hacía ya muchos siglos por los vascos, que lo habían bauti-

---

<sup>2</sup> Ikus Sabino Aranaren “Análisis y reforma de la numeración euzkérica” in *Euzkadi* [aldizkarian, ez geroagoko egunkarian], 1901.eko ekainean, edo in *Obras completas*, Sabindiar batza, Buenos Aires, 1965, 1829-1880 orr.

<sup>3</sup> Aprovecho la ocasión para recordar, una vez más, que el conocido *Gora Euskadi askatuta*, exclamación que sería injusto atribuirle a Sabino Arana, es un buen ejemplo del uso simbólico e “incorrecto” de nuestro idioma. Dejando aparte la discusión sobre la ideoneidad de la palabra Euskadi, inventada para substituir a la tradicional Euskal Herria, salta a la vista que el participio *askatuta*, en función de adjetivo, debería ser *askatua* ‘libre’, y no su forma adverbial *askatuta*, que significa literalmente ‘libremente’. Así lo demuestran, por ejemplo, los autores religiosos vizcainos del siglo XIX, que decían y escribían normalmente *Bizi bedi Jesus sakramentadua*, *bizi bedi eta izan bedi guztiok maitatua* y no *santifikaduta* y *maitatuta*. Tampoco andan muy acertados quienes últimamente gritan *Gora Euskal Herria askatuta* o *askatua*, ya que, en ese contexto, la palabra Euskal Herria pierde su determinante final *-a*, dando lugar a *Gora Euskal Herri askatua*. En fin, se diría que, entre nosotros, la política y la sensibilidad idiomática –esta vez manifestada en los aspectos gramaticales– arrastran una cierta incompatibilidad práctica, que nuestra clase política podría solucionar fácilmente si, siguiendo el ejemplo de Sabino Arana, dedicase más tiempo al estudio y perfeccionamiento del euskara.

zado en su propia lengua precisamente como Euskal Herria<sup>4</sup>.

El único valor social realmente generalizado que se concedía al euskara era el de ser la piedra de toque para determinar el valor castizo de unos apellidos que daban a sus poseedores un prestigio de origen con el que, a falta de otras características lingüísticas y culturales más genuinas, podían enorgullecerse e, incluso, discriminar a gentes inmigrantes. Este recurso del desnacionalizado y oprimido, válido, e incluso comprensible, cuando era utilizado como escudo protector para defenderse del funcionario, maestro o juez opresor, en no pocas ocasiones se convertía en un arma peligrosa, pues creaba una barrera social infranqueable entre los autóctonos y los inmigrantes, a los que, por razones de apellido, se les impedía integrarse plenamente en la sociedad vasca.

Paralelamente, el aparato del estado centralista cumplía escrupulosamente su papel “civilizador”. La lengua vasca se veía excluida e incluso perseguida y castigada en la enseñanza, en la administración, los tribunales, los medios de comunicación y el ejército, que se convertían en excelentes instrumentos de colonización cultural y de desnacionalización de nuestro pueblo, ya que lo castellano no era un valor a sumar a lo vasco, sino algo destinado fundamentalmente a suplantarlo. Ello contribuía, además, a ahondar la fractura entre los nativos y los recién llegados, ya que éstos, a pesar de su extracción social generalmente más baja, gozaban de la protección del estado en la enseñanza, cultura y administración, servicios todos ellos vedados los “de casa”, quienes, con razón, se sentían discriminados. Además, al excluir de los planes de estudio la enseñanza de la lengua y cultura vascas, se impedía eficazmente la integración de los foráneos en su nuevo entorno social. En líneas generales, esta situación se ha mantenido hasta la consecución del Estatuto de Autonomía de 1979.

---

<sup>4</sup> Aunque en español *tierra* significa ‘materia, substrato’ y ‘territorio, país’, en euskara la palabra *lur* tradicionalmente se aplica sólo a primer concepto, igual que el latín *humus* o el inglés *earth*. Para el segundo se utiliza la palabra *herri*, como se comprueba en los conocidos topónimos *Txori Herri*, *Goiberri* – correlato perfecto del *Highland* inglés-, *Beterrri*, *Iruñerri*, etc. Eso lo sabía muy bien, por ejemplo, Sabino Arana cuando utilizó este último término al formar la palabra *aberri* ‘patria’, similar a sus sinónimos *jaioterri* y *sorterri*. No fueron tan afortunados los promotores de el término *Ama Lur*, al querer traducir el concepto de ‘Madre Tierra’ o ‘Tierra Madre’. Ese mismo error puede verse en los carteles publicitarios que el ayuntamiento de Getxo ha editado recientemente para subrayar los atractivos turísticos del municipio, en los que las palabras castellanas *mar* y *tierra* aparecen traducidas al vasco como *itsasoa* y *lurra*, pero en inglés como *sea* y *land*. No obstante, dado que el hecho no es tan conocido como debiera, parece oportuno indicar que en vasco la oposición entre el mar y la tierra se realiza con las palabras *itsasoa* y *leborra*, aunque en el caso de Getxo, ya que lo que se quiere indicar es, como muy bien lo ha interpretado el traductor al inglés, el concepto de ‘campo’, hubiera sido preferible traducirlo como *landa*, siguiendo el ejemplo de *landa-turismoa*. Volviendo al texto del juramento del lehendakari, la fórmula *zin dagit* ‘juro’ es una mera especulación lingüística jamás documentada. En el vasco real e históricamente conocido ‘juro’ se ha dicho y se sigue diciendo *zin egiten dut*. Pero todo esto, a quienes ignoran la lengua vasca y sólo reparan en su valor simbólico, les seguirá resultando totalmente indiferente.

Como consecuencia de lo expuesto, el uso social del euskara en el ambiente urbano sufrió un retroceso dramático, y ello no debe achacarse, de manera exclusiva, a la inmigración de la época, pues ese fenómeno también se produjo en Cataluña, pero con resultados mucho menos dramáticos. Se diría que, a pesar de todas sus proclamas y declaración de intenciones contrarias, muchos vasquistas de la época, asumían como propios todos los valores españoles que decían odiar: su lengua, su literatura, su música y canciones, sus costumbres y corridas de toros, y, naturalmente, su desdén por lo “jebo y aldeano”, que seguramente les recordaba dolorosamente su pretérito imperfecto más reciente, hiriendo así su recién conseguido status urbano.

Ni siquiera cuidaban mucho las formas en el uso de la lengua allí donde su incidencia práctica podía serles más rentable, y baste recordar las críticas de Justo Mari Mokoroa al respecto, denunciando que la mayoría de las conferencias que los abertzales daban antes de la guerra en Gernika a se realizaban íntegramente en español. Curiosamente, ello no impedía a aquellos patriotas vascos criticar al mismo tiempo a la Iglesia por su desidia en el adoctrinamiento a los niños en euskara o por no predicar en el mismo idioma durante las misas. Hipocresía que, a la luz de hechos recientes, -y estoy pensando en algunas de las reacciones que suscitó en su día el nombramiento del actual obispo de Bilbao- no hemos perdido del todo<sup>5</sup>.

En cuanto a sus problemas internos, la lengua vasca de esa época se encontraba en una situación de fragmentación dialectal, con cuatro dialectos considerados como literarios: el vizcaíno, el guipuzcoano, el labortano y el suletino. No obstante, ya comienzos de siglo comenzaron a establecerse las bases para una colaboración entre vascos de ambas vertientes del Pirineo, consiguiéndose, poco a poco, una unificación ortográfica para el idioma, en la que, exceptuando las letras con tilde, triunfaron las propuestas del abandotarra, y poco después bilbaino, Sabino Arana.

Sin embargo, la particular ideología sobre la estructuración confederal de Euskal Herria del fundador del PNV, basado en la primacía provincial sobre la

---

<sup>5</sup> A lo que se ve, nuestra clase política no sólo no conoce el refrán de *Oibenarte bere etxea berez dadukanak estalirik, ez beza aurtik berzerenera barririk* ‘quien tiene su casa cubierta de cristal, no debe arrojar piedras a la del vecino’, sino que parecen haber olvidado también aquellas elementales consideraciones bíblicas de la paja en el ojo ajeno y la viga en el propio, que el citado autor suletino, recreando la versión de Leizarraga de *gapiroa eta fitsa*, nos presenta en su colección de adagios de 1657 groseramente transformadas en *berzeren buruko zorria dakusa, eta ez bere lepoko zerria* ‘ve el piojo en la cabeza ajena y no el cerdo que le cuelga del cuello’. Está claro que, aunque la Iglesia no se posicione ideológicamente a favor de un determinado idioma, resulta del todo conveniente y necesario, por motivos pastorales evidentes, que un obispo conozca y hable la lengua de sus diocesanos. Sin embargo, mientras quienes se proclaman abiertamente como nacionalistas vascos no sean más escrupulosos a la hora de nominar a sus representantes públicos, no parece que estén en muy buena situación para pedir a los demás un conocimiento de euskara que no exigen a los suyos.

nacional, impidió que fructificasen los esfuerzos para conseguir una lengua vasca unificada, siguiendo cultivándose así los distintos dialectos locales. A esto hay que añadir los prejuicios puristas de la época, casi universalmente extendidos entre los vascos peninsulares, aunque su máximo exponente fuese el aranismo, que impidieron al idioma modernizarse y adaptarse a las necesidades de transmisión de una cultura europea fundamentalmente greco-latina, y cuyo léxico es patrimonio general, no sólo de las lenguas neolatinas, sino también de las germánicas, eslavas e incluso de idiomas no pertenecientes a la familia indoeuropea, como el árabe, húngaro, finlandés o georgiano. Ello obstaculizó no poco la apertura del euskara hacia los campos culturales más universales.

Por otra parte, los esfuerzos voluntaristas y bienintencionados de algunos filólogos, como R.M. de Azkue o Julio de Urkixo, se veían continuamente zancadilleados por los impedimentos de todo tipo por parte de algunos prestigiosos intelectuales y escritores como Unamuno o Baroja, quienes, con la fe del converso, se erigían en paladines vascos de todo lo español, intentando justificar su particular incapacidad personal para expresarse en euskara, acusándola de ser impropia e incapaz para servir de vehículo cultural superior<sup>6</sup>. Como se ve, en lo que se refiere a cierta clase de intelectuales, nuestra historia se vuelve a repetir, aunque el aspecto de farsa que Marx creía ver en las segundas partes no haya perdido todavía entre nosotros su componente más trágico.

Da la impresión que, durante la primera mitad de siglo XX, el vasquismo político y cultural estuvo demasiado atento al modelo irlandés, con el que tantas similitudes tenía (lengua campesina marginada, opresión administrativa inglesa, deseos secesionistas, catolicismo fervoroso...). En resumen, parecía que la recuperación idiomática, cultural y nacional se posponía hasta la consecución de la independencia política, supeditando la primera a esta última. A la vista están los resultados de aquella incorrecta jerarquización irlandesa: la consecución de un país políticamente independiente que invita a los extranjeros a acudir a él para aprender un inglés... mejor que el que hablan sus antiguos colonizadores en la propia Inglaterra.

Reconozco que tal vez mi crítica al vasquismo vizcaino de antes de la guerra, y más concretamente al bilbaino, resulte demasiado severa, máxime cuan-

---

<sup>6</sup> Ambos autores utilizaron exclusivamente el castellano como lengua literaria y su opinión negativa respecto al euskara provocó numerosas reacciones entre otros escritores vascos como Xabier Lizardi, Salvatore Mitxelena, Txillardegi, Koldo Mitxelena y Martin Ugalde. Todos ellos supieron rebatir tanto en teoría como en la práctica los argumentos de los detractores del idioma, estableciendo así una sólida base ideológica a su favor, que ofrecía a los vascos razones muy convincentes para la defensa y cultivo de su lengua. Quien esté interesado en profundizar en este tema, puede encontrar más datos en mi conferencia "Unamuno y el euskara", publicada, entre otras, por el Colegio Mayor Miguel de Unamuno de la UPV/EHU, en el opúsculo titulado *Don Miguel de Unamuno en el Colegio Mayor*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1999.

do hay que recordar que, en vísperas de la contienda civil, ya empezaban a levantarse voces autorizadas muy críticas al respecto, como la expresada por Ibar en *Genio y Lengua*, y que, de no haberse producido el levantamiento militar franquista, seguramente hubieran podido corregir toda aquella desviación idiomática. Además, la incipiente creación de las ikastolas, alternativa popular vasca a la escuela nacionalista española, se vio igualmente malograda a causa de la contienda y sus atroces represalias, ésas que, de creer a Jaime Ignacio del Burgo, sólo existieron en la imaginación desquiciada y perversa de los nacionalistas vascos<sup>7</sup>.

Fueron, efectivamente, los de la postguerra años de ocultamiento, tiempos oscuros de una actividad soterrada que hasta el final de los 60 no conocería sus ojos del Guadiana. Para gran parte de la población vascohablante fueron también años de desmoralización y desaliento. La terrible y sistemática campaña de desprestigio y persecución hacia la lengua, de “hable Vd. en cristiano”, llevada a cabo por el estado franquista produjo en muchos hablantes una actitud de desapego e incluso de resentimiento hacia su propio idioma, origen de multas, castigos o de minusvaloración social.

En Cataluña, la campaña de castellanización llevada a cabo por el estado tuvo su contrapunto en la resistencia y uso activo del catalán por la burguesía y los intelectuales del principado en general y de la ciudad de Barcelona en particular, lo que contrarrestó enormemente su eficacia. En cambio, en el País Vasco, y muy especialmente en Bilbao, la imagen de la pequeña burguesía nacionalista, de sus notables e intelectuales no pudo ser más contradictoria y deprimente. Su utilización exclusiva del castellano como lengua de comunicación y de cultura, es decir, del mismo idioma que el nacionalismo español trataba de imponer entre los vascohablantes, contribuyó indudablemente al mayor éxito de la represión del euskara. Lo mismo podemos decir de la absoluta insensibilidad hacia el idioma vasco que manifestaron en todo momento el resto de los partidos políticos españoles.

Durante mucho tiempo, en Bilbao lo “vasco” quedó reducido a una mera caricatura aldeana con rasgos degradantes, representados por la conocida “sabidurensia” de Chomin del Regato y unas canciones bocheras, que, desde que abandonaron el uso del euskara y pasaron al *“ené, que risas bisimos al*

---

<sup>7</sup> “Tal vez lo que voy a escribir ahora no sea políticamente correcto. Pero una de las mayores falsedades acuñadas por el nacionalismo ha sido la idea de que durante el régimen franquista el vascuence fue tan duramente perseguido que hubo de refugiarse en las catacumbas, razón por la que estuvo a punto de desaparecer. Y eso no es verdad”(... ) “No hubo, en conclusión, ningún genocidio cultural ni antes ni después de la incorporación a la Corona de Castilla, ni en los años del franquismo. Si el euskera no se convirtió en el idioma “nacional” de los navarros fue porque no reunía las condiciones necesarias para ello, tanto porque no se habló nunca en importantes zonas de Navarra como por el hecho de su incapacidad intrínseca para ser considerado como idioma de cultura, al menos hasta que llegó el *batúa*”. Jaime Ignacio del Burgo, *El ocaso de los falsarios*, Editorial Laocoonte, Madrid, 2000 85-87. orr.



*pasar por el Sendeja*”, fueron convirtiéndose poco a poco, en el plano folclórico, en una mera correa de transmisión de la cultura oficial castellana foránea, que no dudaba en consagrar en sus cantos la verdad oficial enseñada por el maestro en la escuela, repitiendo en la calle que “*por el río Nervión bajaba una gabarra...*”, olvidando que las gabarras bajan por la ría y que su nombre tradicional ha sido entre los bilbainos, hasta anteayer, Ibaizabal.

A todo esto hay que añadir el progresivo éxodo del caserío a la ciudad. Se abandona así el hasta entonces entorno tradicional del idioma, lo que con frecuencia acarrea su pérdida. No obstante, por el lado positivo, asistimos también a un aumento de la población conocedora de la lengua en el medio urbano. En general, su dispersión no producirá de inmediato núcleos compactos de utilización usual del euskara, aunque, años después, ello se convertirá en un factor muy importante para el resurgimiento de las ikastolas.

He mencionado las ikastolas de antes del 36 como una esperanza truncada, y deseo enlazar este punto con una realidad social que tiene una incidencia decisiva en la evolución del idioma. Toda lengua necesita una masa crítica de hablantes. Difícilmente se puede imaginar qué utilidad pudo tener el conocimiento del cónico, idioma céltico desaparecido al sur de Inglaterra a comienzos del siglo XIX, para su último hablante, que tal vez lo emplease, nostálgico, en monólogos o para soñar añoranzas.

Anécdotas aparte, lo cierto es que sin un grupo mínimo de personas que lo hablen y utilicen, un idioma no puede desarrollarse. Esto lo saben bien los actuales alumnos vascoparlantes de nuestra universidad, que aún se encuentran con dificultades para poder recibir en euskara la enseñanza que le garantizan en esa lengua sus estatutos, posibilidad a veces irrealizada a causa del reducido número de estudiantes, a pesar de que, con frecuencia, son más que los alumnos en castellano de determinadas asignaturas optativas.

Es verdad que, en ocasiones de gran concienciación ideológica, como en el caso de la propuesta de Ben Yehudah para la resurrección del hebreo moderno, el mero voluntarismo puede llegar a triunfar, aportando soluciones para un problema aún no sentido ni asumido como tal. Pero, en la mayoría de los casos, es la propia necesidad la que conduce hacia esas soluciones. En nuestro caso, analizando el desarrollo idiomático y literario de la postguerra, resulta evidente que todo el trabajo solitario de Euskaltzaindia, de los autores del exilio alrededor de *Euzko Gogoa*, o de las revistas *Herria*, *Zeruko Argia* o *Jakin*, las editoriales Ixtaropena, Lur, Etor, Jakin, de grandes escritores como Monzon, Labaien, Mirande, Mitxelena, Villasante, Gandiaga, Txillardegui, Aresti etc. no habrían tenido la gran repercusión social que tuvieron de no ser por la conjunción de dos factores paralelos: la creación y proliferación de las ikastolas impulsadas por los padres euskaldunes comprometidos, y el desarrollo de las campañas de alfabetización y aprendizaje del euskara iniciadas por Rikardo Arregi. De estas actividades surgiría una necesidad evidente: la creación de un modelo de len-

gua vasca standard como base de educación, en la que redactar los libros de texto, los métodos de enseñanza y las obras literarias a consumir por esa masa de lectores incipientes.

Por eso, si las primeras propuestas de euskara unificado, patrocinadas respectivamente por R. M. Azkue y F. Krutwig, no respondían a una necesidad social generalizada, en cambio, la propugnada por Txillardegui y Aresti, más tarde asumida por Euskaltzaindia y diseñada magistralmente por Koldo Mitxelena, nació para llenar un vacío muy real y hondamente sentido entre las personas más comprometidas con el futuro del idioma.

No es casualidad que los cuatro primeros autores arriba citados hayan vivido en Bilbao, ya que el ambiente cultural vasco de nuestra ciudad, sede de nuestra Real Academia de la Lengua, Euskaltzaindia, ha servido, en gran medida, como de punta de lanza del movimiento en favor de la unificación del euskara. Y es que, a pesar de esa pertinaz y poco exacta identificación de lo vasco con lo rural, ha sido precisamente el ambiente ciudadano el que ha elevado el nivel cultural y ofrecido soluciones de futuro a una lengua que se mantenía viva por la fuerte adhesión que gozaba en las aldeas.

En general, se diría que el renacimiento del euskara en la postguerra se inició a comienzo de los años 60, cuando la ideología nacionalista de izquierda retomó los planteamientos a favor del idioma manifestados en 1936 en la obra *Genio y Lengua* del escolapio Justo M<sup>a</sup> Mokoroa, ahora en boca de Federiko Krutwig, Jose Luis Alvarez Enparantza y Luis Villasante. En gran medida, el vasquismo lingüístico avanzó independientemente de la política, aunque todos los partidos abertzales lo fueron apoyando sin reservas.

Desde Bilbao, gracias sobre todo a la labor de Imanol Berriatua y Angel Zelaieta, se impulsó la revista pionera de la unificación del idioma, *Anaitasuna*, que tantos escritores vascos supo agrupar en su entorno. También nacieron aquí otras importantes iniciativas culturales para impulsar el euskara y la cultura vasca, como la emprendida por el escritor Xabier Gereño y sus hermanos en la editorial CINSA, o la empresa IKER especializada en elaborar libros de texto para la enseñanza en euskara, que iba paliando la creciente demanda de las ikastolas. No podemos olvidar que también se impulsó desde nuestra villa la renovación de la metodología de la enseñanza del euskara, con el método *Euskalduntzen*, y la edición del primer diccionario moderno de la lengua vasca unificada, *2000 biztegia*, ambas contribuciones importantes, en su día, a la recuperación de nuestro idioma.

Otras actividades, aparentemente más modestas, han cumplido igualmente su labor, como la revitalización del bertsolarismo, llevada a cabo de la mano del recientemente fallecido académico Alfonso Irigoien; los cursos de euskara impartidos en Euskaltzaindia por Xabier Peña o las clases de alfabetización iniciadas en la sociedad EDILI; la promoción de la película *Ama Lur*, en la que tanto se esforzaron personas como los señores Etxegarai e Idoeta; la revista infan-

til *Kili-Kili*, dirigida por el señor Retolaza – hoy puesta en entredicho por quienes nunca han movido un dedo a favor de nuestro idioma –; las primeras misas dominicales de Bilbao en euskara, celebradas gracias a la firme voluntad de aquel gran hombre, en todos los sentidos, que era Don Klaudio Gallastegi, que tan bien sabía aglutinar a los vascohablantes y vasquistas de la villa en su parroquia de San Antón; las incipientes emisiones radiofónicas sobre temas vascos de Bengoa Zubizarreta; los artículos sobre el folclore y cultura vasca del periodista navarro afincado en nuestra villa Miguel Angel Astiz o los numerosos grupos de txistu y danzas vascas que amenizaban nuestras fiestas.

En el ámbito universitario, conviene destacar el Euskal Kultur Mintegia de la Universidad de Deusto, impulsado por Gregorio Monreal y Karmele Rotaetxe, uno de cuyos animadores principales fue Andolin Eguzkitza, recientemente nombrado académico de Euskaltzaindia. En esta misma universidad, por iniciativa del doctor Jose Luis Goti y la entusiasta colaboración del profesor Adrián Celaya, se organizaron diversas Semanas de Antropología Vasca, en las que nunca fue ajena la lengua, sin olvidar el Departamento de Estudios Vizcaínos a cuya cabeza estuvo el académico Alfonso Irigoien. En la Universidad pública de Bilbao (que a partir de 1981 se convertiría en la actual Universidad del País Vasco /Euskal Herriko Unibertsitatea) se inició la enseñanza, en principio voluntaria, de algunas asignaturas universitarias en euskara gracias a iniciativas como las del profesor, Jose Ramon Etxebarria. Tampoco podemos olvidar la actividad realizada en el Seminario de Derio por el escritor Mikel Zarate, continuada hasta nuestros días por destacadas personas como Ander Manterola o el profesor Adolfo Arejita, quienes colaboraron, entre otros, en la publicación del monumental diccionario fraseológico *Ortik eta emendik* del escolapio Justo Mari Mokoroa. Tampoco podemos dejar sin citar el gran esfuerzo editorial llevada a cabo en Bilbao por José María Martín de Retana en su Gran Enciclopedia Vasca, reeditando libros vascos agotados y de difícil acceso, así como su monumental Diccionario de Autoridades del Euskera.

Sería injusto olvidar que algunos notables escritores vascos de origen guipuzcoano, como Txillardegi o Bernardo Atxaga, realizaron sus estudios en nuestra ciudad, siendo influenciados e influenciando activamente en su ambiente cultural.

También se fundaron en Bilbao los primeros euskaltegis de nuestro país, e incluso su propia denominación vasca fue creada en nuestra ciudad, siendo el doctor Anton Artiñano uno de sus más decididos promotores.

No puedo citar a todos, así que pido disculpas a los que faltan por mi cada vez mayor falta de memoria. Todos ellos trabajaron duro en tiempos difíciles y es justo que reconozcamos su labor. Alguien podría pensar que algunas de esas realizaciones eran superficiales o meramente folclóricas, pero olvidaría el importante detalle de que, en aquel contexto de represión y humillación colectivas, cualquier actividad vasquista, además de difícil de organizar, tenía una

gran importancia, pues contribuía a mantener la esperanza de nuestro pueblo y a reafirmar sus señas de identidad<sup>8</sup>.

*Grosso modo*, se diría que, en la postguerra, el modelo cultural vasco se aparta progresivamente del irlandés para ir acercándose al israelí. Sin esperar a una ansiada pero todavía incierta y lejana independencia, los vascos comienzan a trabajar por el euskara y la cultura vasca desde una situación de opresión, liberando para él unas zonas simbólicas (revistas, ikastolas, editoriales, concursos literarios, bertsolaris, nueva canción vasca, fiestas populares...) en las que el uso del idioma va consiguiendo un desarrollo creciente. La lucha política toma así forma de resistencia cultural, y sus éxitos parciales serán precisamente los que nos llevarán a los posteriores logros políticos, encarnados a partir de 1979 en el Estatuto de Autonomía, donde la lengua adquiere al fin un status oficial, aunque, se acuerdo con la actual constitución española, se encuentre todavía discriminado en relación al castellano.

Todos conocemos la historia del euskara batua, modelo y referente lingüístico para toda Euskal Herria. Basado sobre los dialectos centrales, fundamentalmente alto navarro, guipuzcoano y labortano, se ha tratado de enriquecer con las aportaciones léxicas, sintácticas y fraseológicas del resto de los dialectos, de manera que todos los hablantes puedan sentirlo como propio. No quisiera pasar por alto el hecho de que fuera precisamente un bilbaino, Gabriel Aresti, quién, elevándose sobre las estrechas miras provincianas anteriores, y desde una perspectiva nacional vasca, propusiese un modelo de euskara literario urbano, futuro denominador común de todo vasco culto.

Hoy en día su utilización literaria es mayoritaria, aunque estén apareciendo síntomas preocupantes por parte de personas que, oponiéndose a lo evidente, pretenden entorpecer su desarrollo, empecinadas en cultivar variantes dialectales e incluso vulgaridades locales que en ningún país civilizado alcanzarían una plasmación escrita. Desgraciadamente, en estos últimos años este euskara de barriada está conociendo un auge artificial e inesperado, tanto por la miopía de algunas personas con vocación de ser cabeza de roedor antes que cola leonina,

---

<sup>8</sup> Hoy puede resultar, si se quiere, anecdótico o incluso increíble, pero recuerdo muy bien la disciplinada labor que se tomaban algunas personas, entre ellas Xabier Peña, acudiendo diariamente a los estudios de Radio Popular para participar en la emisión en euskara... del rosario, que por razones litúrgicas debía ser transmitido en directo. Pero aquellos pocos minutos eran los únicos que se le concedían entonces a nuestro idioma en las emisoras de radio de la villa, y suponían abrir a su favor toda una brecha en la férrea barrera monolingüe castellana existente.

como por la insensatez de ciertos políticos<sup>9</sup> y de directores de publicaciones que anteponen su ignorancia y miras económicas particulares a los evidentes intereses generales de la nación vasca.

En cualquier caso, las bases del euskara batua estaban ya sólidamente establecidas cuando los vascos conseguimos una administración autonómica, lo que permitió introducir desde el primer momento una lengua común para todos los centros escolares, modelo que se promocionaría también en los medios de difusión hablados y escritos. Es cierto, no obstante, que la adaptación de la lengua a las necesidades administrativas más burocráticas ha necesitado pasar por un proceso progresivo de acomodación a la realidad, con las correcciones consiguientes. Aquí también, la tendencia inicial, excesivamente teórica y purista, se ha visto moderada por ese pragmatismo que conlleva todo uso práctico y real.

Los medios de difusión han contribuido igualmente a la normalización y estandarización del idioma. Por poner un ejemplo anecdótico, hoy ya nadie ve con ojos de asombro que un indio o un árabe hablen euskara en una película doblada al vasco, algo, que aunque en el fondo resulte tan irreal como que lo haga en castellano, se encontraba perfectamente aceptado en este idioma, pero no en el nuestro, como consecuencia de largos años de convencionalismo.

Resulta evidente, además, que el progreso del euskara en la enseñanza se ha convertido hoy en un factor de prestigio para la lengua, al mismo tiempo que en un medio de integración nada desdeñable, tanto en los hijos de los que no sabían el idioma como en la actitud de orgullo de sus padres, sean éstos autóctonos o inmigrantes. Hoy ya nadie cuestiona la capacitación e idoneidad del euskara para ser vehículo de ciencia y de cultura universales. Aunque ello todavía no nos impide tener que oír de vez en cuando alguna que otra opinión discordante, ya que con frecuencia, por aquello de *tximinoak gora iganago eta uzkia ageriago*,<sup>10</sup> los casos de ignorancia irrecuperable se manifiestan íntima-

---

<sup>9</sup> Hay motivos para sospechar que, en no pocos casos, el obstinado y exclusivo apoyo de algunas personas a las variantes dialectales se debe a su inconfesable situación de analfabetismo en euskara (literario o dialectal), pues suponen que éste quedaría más patente si aceptasen abiertamente la forma literaria unificada como lo que precisamente es: el modelo culto de todo vasco alfabetizado. De cualquier modo, no se comprende muy bien que en un país que exige a sus ciudadanos saber correctamente –a nivel hablado y escrito– las dos lenguas oficiales de nuestra comunidad para poder acceder a puestos de trabajo tan poco cualificados como los de barrendero o enterrador, sin embargo, quienes ostentan la representación popular sigan alardeando de un conocimiento pasivo, ágrafo e inoperante de una lengua aprendida por casualidad en la infancia, sin ningún esfuerzo personal posterior por mejorarla. Considero que resulta a todas luces injusto que quien no está dispuesto a dar el pasito que va de su *nas* o *det* familiares al *naiz* y *dut* literarios, pueda tener algún derecho o autoridad para exigir al ciudadano erdaldun a que se abalance en el triple salto mortal que supone para él pasar de *yo soy ñaki* y *tengo treinta años años* hasta llegar a un *ni ñaki naiz eta bogeita bamar urte ditut*.

mente asociados a la incontinencia verbal y el deseo patológico de notoriedad pública.

Pero, los grandes avances de la lengua vasca en la administración no nos pueden hacer olvidar su relativa falta de uso e incluso retroceso en otros ámbitos sociales. Si bien, gracias a la enseñanza, hoy prácticamente todos los niños de la Comunidad Autónoma Vasca saben euskara –logro en sí importante si lo comparamos con la deplorable situación de Navarra y, sobre todo, de la zona de nuestro país bajo administración francesa–, todavía en muchos ambientes cercanos a Bilbao puede observarse un preocupante desapego por el idioma en algunos antiguos vascohablantes, especialmente entre las gentes más humildes, influenciadas aún por la inercia del modelo idiomático castellanista de nuestra capital.

Basta echar una ojeada por nuestras calles para comprobar que, a pesar de que suelen estar rotuladas de forma bilingüe -aunque no siempre correctamente-, la casi generalidad de los comercios lo está todavía exclusivamente en castellano. Los restaurantes no ofrecen habitualmente sus cartas en los dos idiomas oficiales de nuestra comunidad. La publicidad, exceptuando la política, no suele tener en cuenta al euskara. Las etiquetas de nuestros productos, con la honrosa excepción de Eroski, suelen estar redactadas sólo en español. Incluso productos con label vasco de calidad no cumplen el requisito de portar una etiqueta normalizada y correcta desde el punto de vista del idioma. Son también muchos los ertzainas que ignoran por completo una de las lenguas de los ciudadanos que deben servir. En el mundo laboral privado, la exigencia de conocimiento de los dos idiomas oficiales es mínima, incluso tratándose de puestos de trabajo relacionados con el trato al público: dependientes, asesores, vendedores...

Además, cuando se utiliza el euskara, las incorrecciones ortográficas y morfológicas suelen ser muy frecuentes (*lentejak*, *productuak*, *karroak*, *jantetxe*, *arategi*...). También se echa de menos en los medios radiofónicos y televisivos un control de la calidad del idioma, con los correspondientes asesores y correctores, a diferencia del exquisito cuidado que muestran las autoridades catalanas en este punto. Es muy grave que a nivel municipal no exista una continuación ni sintonía alguna con la dirección de política lingüística del Gobierno Vasco que vele por un mínimo mantenimiento de la corrección idiomática formal y ortográfica de los carteles y letreros que se exhiben en público, informando

---

<sup>10</sup> Traducido por el propio Oihenarte como 'le signe tant plus monte en haut, tant plus montre son cul'.

adecuadamente al usuario, mientras que cualquier otra norma de tipo arquitectónico o estético, pongamos por caso, es de obligado cumplimiento<sup>11</sup>.

Todo ello, en mi opinión, es fruto de una deficiente política lingüística. En realidad, cabe preguntarse si realmente ha existido hasta ahora algo que merezca realmente ese nombre. Es verdad que se han hecho muchas encuestas y que se han pedido las opiniones de numerosos expertos extranjeros para analizar nuestra situación, pero creo que se está tardando demasiado en desarrollar la ley del uso del euskara de 1983, para tomar unas medidas de aplicación concreta en la vida social y comercial. Ello podría reconducir la actual situación y fomentar el uso público del idioma en áreas tan fundamentales como en la familia, las relaciones de grupo y amistades, en el mundo laboral, en los rótulos públicos y etiquetas, o en el ocio, con campañas de concienciación similares a las que, a mi juicio, han llevado a cabo con tanto acierto Emakunde o el colectivo de enfermos de SIDA<sup>12</sup>.

Está claro que el voluntarismo y la militancia personales son fundamentales en todo proceso de recuperación idiomática, pero esta labor personal, aislada - a veces casi heroica- puede verse favorecida por medio de campañas globales informativas bien organizadas, que promuevan, alienten y justifiquen esos empeños particulares, frecuentemente incomprendidos, con argumentos culturales e ideológicos bien meditados. Hay que volver a recordar que las lenguas, en cuanto objetos vivos y cambiantes, no son algo abstracto y ajeno a los hablantes, ya que ningún idioma se habla a si mismo. Por ello, decir que una lengua está viva significa que la comunidad lingüística identificada con ella la

---

<sup>11</sup> Naturalmente, no se trata de imponer multas por las faltas ortográficas o gramaticales, al estilo de las que, al parecer, con tanto éxito utilizó en Turquía Mustafa Kemal Atatürk a comienzos del siglo pasado cuando decidió substituir el anterior alfabeto árabe por el latino, sino de tratar de optimizar las iniciativas privadas aconsejando a los interesados, desanimándoles a cometer faltas de bulto evidentes. Ello hubiera evitado que más de la mitad de los letreros y avisos públicos redactados en vasco por particulares presenten lamentables incorrecciones, continuas fuentes de error para futuros imitadores bienintencionados.

<sup>12</sup> No pienso que sea necesario coaccionar a nadie para mostrar, con unas imágenes claras y respetuosas, el contrasentido y la manifiesta discriminación a la que el comercio unilingüe castellano somete a los ciudadanos vascohablantes, que pagando el mismo precio que los otros, no obtienen por su dinero la misma calidad de servicios en lo que se refiere a rotulación, etiquetado y atención personal en su idioma. Lo mismo cabe decir de la posibilidad de mostrar a muchos comerciantes que envían sus hijos a modelos en euskara la manera de ayudarlos en la adquisición de la lengua, consiguiendo, al mismo tiempo, una mayor normalización del idioma en nuestro paisaje urbano, para que el vasco vaya adquiriendo realidad fuera de los libros de texto y que la rotulación bilingüe, altamente didáctica, ayude a todos los ciudadanos a familiarizarse con nuestra lengua. La inclusión del euskara en el comercio, por otro lado, contribuiría a insertarlo plenamente en el mundo laboral, prestigiando y primando al mismo tiempo su conocimiento, como lo hace con el inglés, el francés y otros idiomas oficiales.

utiliza, que la vive y que se desarrolla con ella. Su muerte, en cambio, certificaría el ocaso definitivo de ese mismo colectivo humano.

Sé que he cargado las tintas en la responsabilidad de algunos vasquistas en la actual situación. De la misma manera que el hecho de comer carne de cerdo no es lo mismo para un cristiano que para un judío o un musulmán, opino que cada cual debe ser juzgado de acuerdo con el ideario que, según él, ilumina y guía su vida. Por eso, en primer lugar, debemos pedir cuentas precisamente a los que dicen identificarse con los valores culturales de nuestro país. Pero sería injusto, muy injusto, no acordarnos de las otras responsabilidades, de las de quienes, afirmando constantemente que también ellos son hijos o ciudadanos de este país, y alegando que, a pesar de no ser nacionalistas (vascos) son tan vascos como el que más, con frecuencia vienen oponiéndose a todo desarrollo, progreso y recuperación de lo vasco, tratando de mantener lo autóctono, consciente o inconscientemente, en una situación de marginación y opresión francamente coloniales.

Es evidente que, para ser vasco, no hace falta proclamarse nacionalista, ni estar afiliado a ningún partido político abertzale, al igual que tampoco lo contrario resulta necesario para ser español. Sin embargo, parece de sentido común poder esperar de cualquier persona que se jacta de ser miembro de una comunidad, un apego, un respeto, un interés y unos conocimientos mínimos por sus valores más notorios, y entre ellos por su lengua y su cultura propias. Sin embargo, la práctica de algunas personas y partidos políticos respecto al euskara es precisamente la inversa. Y todos hemos sido testigos de sus palabras de descalificación y desprecio, de su constante oposición y obstruccionismo parlamentario hacia nuestro idioma.

Partidos que antes de la guerra civil tenían en sus filas a vasquistas tan destacados como al gran escritor eibarrés Toribio Etxebarria, hoy son eriales para el euskara, pues en la práctica no cuentan con ningún escritor en lengua vasca que sea afín a sus ideas, ni tampoco con miembros o simpatizantes de su partido especialistas en nuestra cultura. Incluso personas que, antes de su afiliación a dichas formaciones políticas escribían en vasco, lo han dejado de hacer, llegando algunos hasta a renegar públicamente de su propio idioma. Todo ello nos habla a las claras de la ideología imperante en dichos colectivos.

A ellos se debe, igualmente, ese frecuente intento de asociar, interesada y malévolamente, el uso de la lengua vasca con determinadas ideas políticas, y en especial con la apología de las acciones terroristas.

Es cierto que, además de los partidos nacionales vascos democráticos, igualmente reivindican el euskara y la cultura vasca quienes se obstinan en no condenar esa abyecta, absurda y degradante aberración moral y política que acompaña a la lucha armada. No obstante, están en su derecho. Como también lo estarían los partidos estatales, si algún día se decidieran apoyar esas reivindicaciones vasquistas, tan hondamente arraigadas en el sentimiento de la mayoría



de los ciudadanos de este país. Y por eso mismo, no pueden excusarse en una supuesta politización de la lengua vasca que ellos mismos, con su inhibición y desprecio, están intentado provocar.

Que se sepa, nadie les ha prohibido ni impedido jamás apoyar al euskara, aprenderlo, cultivarlo, editar libros en vasco, fundar o ayudar a las ikastolas, participar en las fiestas vascas, organizar grupos folklóricos o culturales que estudien nuestro entorno, interesarse por nuestro pasado y futuro histórico o fomentar actividades recreativas propias distintas a las corridas de toros, cuya españolidad, sea dicho de paso, no les exime de su salvaje crueldad y de la reprobación mundial unánime. Y si no lo han querido hacer, ha sido por su desinterés hacia nuestro pueblo, por su rechazo visceral, por sentirse ajenos a su problemática cultural.

No faltan entre esas formaciones políticas algunas honrosas excepciones, como la de Ezker Batua-Izquierda Unida, o la CDN navarra, que aman sinceramente a su país y en su práctica diaria asumen lo vasco como algo propio, proponiendo para la preservación de sus valores idiomáticos y culturales vías políticas que, siendo diferentes de las propugnadas por las formaciones independentistas, no por ello dejan de ser perfectamente consecuentes y respetables, en la medida que también podrían garantizar su supervivencia y desarrollo.

Lo mismo cabe decir, dentro del partido socialista, de algunas individualidades como la del señor Odón Elorza. Y lo siento por el PP y UA, pero me faltan ejemplos que citar. En cualquier caso, lo que no parece de recibo, es ese talante profunda y obsesivamente antivasco de que hacen gala, por desgracia, personas que en la práctica dirigen las líneas políticas de estos tres últimos partidos, con mensajes y declaraciones públicas que tanto ofenden la dignidad de quienes nos sentimos identificados y orgullosos con los valores patrimoniales de nuestro país<sup>13</sup>.

En pocas palabras y a modo de resúmen: hemos llegado al siglo XXI con una lengua vasca que a lo largo de estos cuarenta últimos años ha sabido solucionar sus problemas intrínsecos más graves. El euskara de hoy es un idioma unificado, normalizado y perfectamente capaz de expresar todo lo que pueda hacerse en cualquier otra lengua de cultura. También en el aspecto social ha mejorado su percepción general. Sin embargo sigue padeciendo la rémora de la inercia administrativa y social anterior, del uso predominante del castellano en

---

<sup>13</sup> Aún resulta más grave la irresponsabilidad política de quienes detentan el Gobierno de Navarra y el de la Diputación y la capital alavesas, por su sañuda cruzada contra el euskara, abogando siempre por el mantenimiento de sus privilegios de monolingües castellanohablantes, con la evidente complacencia y apoyo de los socialistas, obstaculizando siempre la consecución de un bilingüismo equilibrado que respete tanto los derechos idiomáticos de los castellanohablantes como los de los euskaldunes..

De la vergonzosa situación del País Vasco administrado por la "civilizada" Francia es mejor no hablar.

los ambientes urbanos, cuyo modelo a imitar más importante es precisamente el de nuestra villa.

Ha sido Bilbao quien, con su vida cultural y mundana, introdujo y fomentó el empleo del castellano en nuestras relaciones sociales. Y, en líneas generales sigue ofreciendo al resto de nuestro país ese mismo modelo. Nuestras figuras señeras en la política, en los negocios, en la cultura, en los medios de comunicación, en la publicidad y en el deporte – aunque aquí cada vez menos– siguen pensando exclusivamente como y para los castellanoparlantes, y esto, después de 20 años de bilingüismo oficial debería preocuparnos<sup>14</sup>.

No nos engañemos: sin un comportamiento social nuevo y diferente, el euskara no tiene asegurado su futuro. La responsabilidad es pues de todos, pero especialmente de los bilbainos. Pienso que Donostia, con su alcalde a la cabeza, ha iniciado ya un camino diferente, y aunque como vasco me alegro, como bilbaino no puedo menos de sentir sana envidia y una cierta rabia por haber dejado que otros se nos adelantaran. Pero aún estamos a tiempo. En nuestras manos está ser recordados como la ciudad que, recobrando su conciencia vasca, contribuyó decisivamente a recuperar sus raíces y a consolidar el euskara en la vida urbana, o pasar a la historia con el triste mérito de haber actuado como quintacolumnistas; primero para su marginación y después para su total desaparición.

Es verdad que las oscuras predicciones que, comenzando por W. Humboldt, se han hecho desde comienzos del siglo XIX sobre el euskara no han tenido, por fortuna, cumplimiento. Sin embargo, salta a la vista que, durante estos dos últimos siglos, nuestro idioma ha perdido muchos hablantes y territorios secularmente patrimoniales, tanto en el campo como, sobre todo, en las ciudades. Los procesos migratorios acaecidos en nuestro suelo tampoco han contribuido a mejorar su situación, al igual que la división de nuestro país entre dos estados y en tres comunidades administrativas distintas.

Eso mismo cabe decir de nuestra baja tasa de natalidad actual. Así que, por desgracia, la vieja amenaza sigue en pie, aunque el plazo temporal para su cumplimiento se alargue. Los frecuentes triunfalismos de que hace alarde nuestra clase política, tan remisa a la hora de pedir a sus afiliados y simpatizantes una

---

<sup>14</sup> Aunque alguien puede pensar de que se trata de una simple anécdota sin importancia, considero que es motivo de seria reflexión la noticia aparecida estos días en la prensa, denunciando que el Ayuntamiento de Bilbao ha hecho entrega a Euskaltzaindia, con motivo de su congreso en nuestra ciudad durante este mes de septiembre, de una figura conmemorativa... rotulada exclusivamente en español. Uno, seguramente por su profunda y ya irremediable estulticia crónica, no acierta a comprender como es posible que, después de 20 largos años de bilingüismo, una institución regida por gentes que se proclaman vasquistas y que, en cualquier caso, están obligadas legalmente a respetar y garantizar escrupulosamente el uso de las dos lenguas oficiales de nuestra comunidad, aún no haya conseguido interiorizar una conducta automática que nos evite a todos este tipo de situaciones bochornosas.

mayor responsabilidad práctica y consecuente en la vida diraria, así como una mayor implicación personal, no va a detener, sin más, el proceso. Debemos ser conscientes de que estamos asistiendo a la última fase de la agonía de nuestra lengua, a una contienda decisiva e histórica por su renacimiento. En ella podemos ser protagonistas, ayudándola, o bien antagonistas, obstaculizando su progreso, pero no se nos permite mantenernos como espectadores pasivos e imparciales.

Lo que viene a continuación no sería preciso mencionarlo en una situación de normalidad, pero me temo que el grado de ignorancia e irresponsable despreocupación hacia la lengua vasca demostrada en la práctica por algunos destacados miembros de nuestra clase política lo hacen necesario. Bilbao como capital de Bizkaia, debe ser espejo de sus mejores tradiciones y manifestarse muy sensible con su entorno social. Al mismo tiempo, no debemos olvidar que la villa constituye el mayor núcleo urbano de nuestro país, siendo un referente obligado de la vida cultural vasca. Por ello, la recuperación de nuestro idioma debe aunar lo mejor de esos dos componentes: ser el modelo lingüístico de euskara estándar unificado y urbano, pero con una notable incorporación de los elementos léxicos propios y enriquecedores del euskara local, evitando siempre caer en la absurda tentación de proponer para nuestra ciudad un modelo de vasco dialectal y rural. Pienso que sería una triste ironía que, Bilbao, que abandonó hace ya un siglo su “dialecto bilbaino” a favor de uno de los mejores modelos de castellano estándar, a la hora de recuperar el euskara, optase por resucitar en sí la variante vasca más marginal y distante del modelo literario vigente.

En cualquier caso, la suerte de la lengua vasca será la nuestra, la de los vascos, la de nuestro pueblo. Vuelvo a tomar la frase de Larramendi, citada al comienzo, la del imposible vencido, esto es, lo imposible conseguido, para enlazarla con la de Theodor Herzl, promotor de la idea de crear una patria para los judíos, dirigida, en alemán, a sus compatriotas más escépticos: *Wenn Ihr wollt, ist kein Märchen*; palabras que gracias al idealismo de Ben-Yehudah, se recuerdan ahora en Israel en la que ahora es su lengua habitual: *im tirtzu, eyn zo aggadah* ‘sí lo queréis, no será una fábula’. Porque, como todos sabéis, el idioma de los israelíes actuales, ha vuelto a ser, porqué así lo han querido, el de sus antepasados bíblicos: el hebreo.

Estoy seguro que también Bilbao va a ser capaz de hacer verdad mañana el significado de la antigua y genuina denominación de nuestro país: *Euskal Herria* ‘país de la lengua vasca’. Realidad que ya alborea esperanzadora en las generaciones más jóvenes, pasando así el euskara, de ser el lamentado idioma perdido de nuestros abuelos a convertirse en la recuperada lengua del futuro de nuestros hijos y nietos.

*Ezina ekinez egina.*

Bidebarrietan, 2001.eko irailaren 26an